

Santa Teresita del niño Jesús

1873 - 1973



AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

"En verdad os digo, si no os volvéis, y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos."

Mt. 18.3

CRISTIANIDAD



Año XXX - NUMERO 503
BARCELONA
ENERO 1973

Depósito legal: B. 15860 - 1958

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º-(10)
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

SUMARIO

TEXTOS DE O REFERENTES
A SANTA TERESITA
DEL NIÑO JESUS

RAZON DE ESTE NUMERO

UN «CAMINITO» MUY RECTO
Y MUY CORTO

B. de Thevenet

SANTA TERESITA DE LISIEUX
ENSEÑA A LOS CRISTIANOS.
LA PERFECCION DE LA CARIDAD:
EL SEGUNDO PRECEPTO
SEMEJANTE AL PRIMERO
Y EL MANDAMIENTO NUEVO
DE CRISTO

UNIVERSALIDAD
DEL AMOR APOSTOLICO

HISTORIA DE LA PECADORA
CONVERTIDA Y MUERTA DE AMOR

EL HOGAR MAS FELIZ

G. Manresa

MILLONES DE ALMAS
HAN SENTIDO SU INFLUENCIA

Cardenal Eugenio Paccelli

LA FE COMO FUNDAMENTO
DE LA SANTIDAD

José M.ª Petit Sullá

GRANDEZA DE CARACTER
Y DE SANTIDAD EN UN ALMA
FUERTE

Roberto Cayuela, S. I.

TEXTOS DE SANTO TOMAS
Y DE SAN JUAN

TEXTOS DE SANTA TERESITA*

Para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más propicia a la eficacia de este amor consumidor y transformador. El solo deseo de ser víctima basta; pero es necesario consentir en permanecer siempre pobre y sin fuerza, y de ahí lo difícil, porque “¿dónde encontrar el verdadero pobre de espíritu?”, hay que buscarlo “muy lejos”. No dice que hay que buscarlo entre las grandes almas, sino “muy lejos”, es decir, en la pequeñez, en la nada. ¡Ah, permanezcamos, pues, muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos el no sentir nada; entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a buscarnos, por lejos que estemos, y nos transformará en llamas de amor...

Jesús se complace en enseñarnos el único camino que conduce a este divino horno de Amor; y el camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre. “Si alguno es pequeñito que venga a Mí...” (Prov. IX, 4) y este mismo Espíritu de Amor dijo también que “la misericordia se concede a los pequeños”.

(Sap. VI, 7)

* Todos los textos de este número que no llevan referencia son de Sta Teresita de Lisieux.

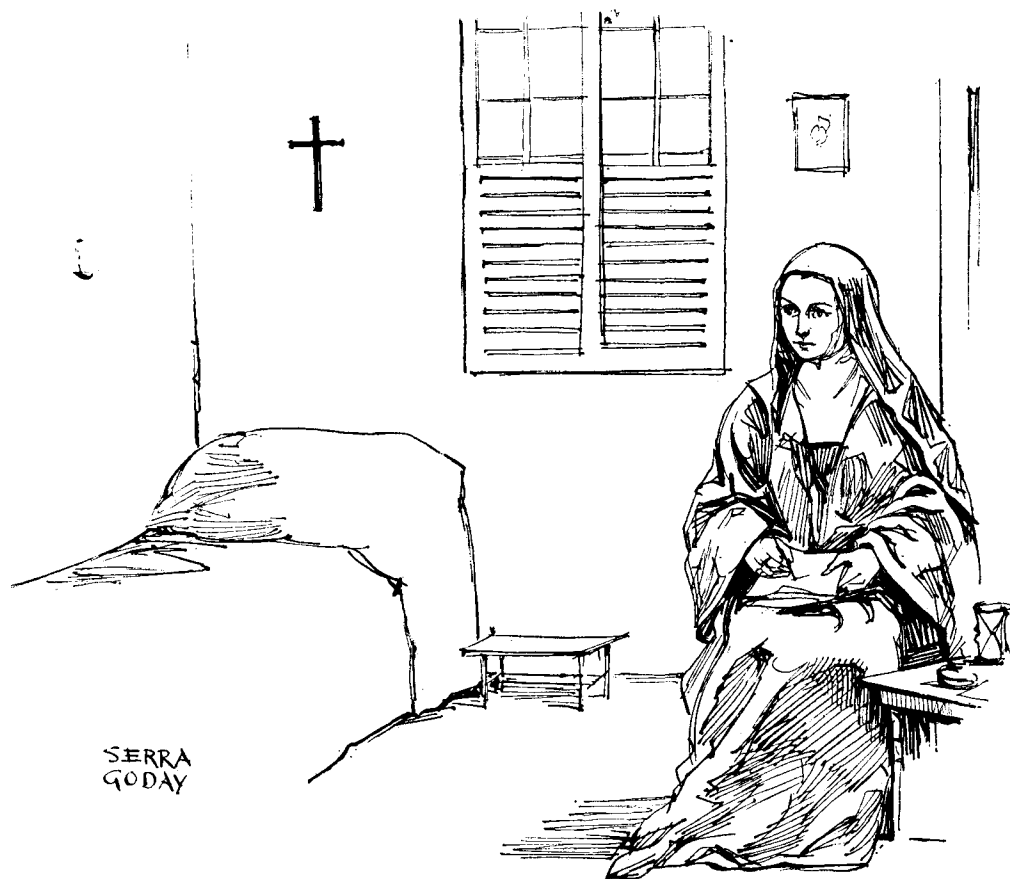
¡Oh Jesús! ¡Si pudiera yo revelar a todas las almas pequeñas cuan inefable es tu condescendencia. Estoy segura de que, si por un imposible, encontrases a un alma más débil, más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de favores más grandes aún, con tal de que ella se abandonara con entera confianza a tu misericordia infinita..!

“Es el Evangelio, el corazón mismo del Evangelio, lo que ha vuelto a encontrar.”

Pío XII

RAZON DE ESTE NUMERO

Ante el año centenario del nacimiento de Santa Teresita del Niño Jesús el presente número de nuestra revista quiere insistir en afirmar la convicción, que sabemos compartida por multitud de fieles en todos los países, del carácter de auténtico mensaje sobrenatural y evangélico de la doctrina espiritual de la Santa; a la vez que expresar así también el deseo y la esperanza de que sea proclamada Doctora de la Iglesia Universal.



UN «CAMINITO» MUY RECTO Y MUY CORTO

BEGOÑA de THEVENET

“... Todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre Celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo.” (Lumen Gentium, 41.)

CONFIADOS HASTA LA AUDACIA EN LA BONDAD DE NUESTRO PADRE

Nada constituye un obstáculo para la santidad. Todos los temperamentos, todas las situaciones humanas, pueden llegar a ser materia de santidad. Basta con amar y con entregarse a Dios por amor a través de las cosas. La santidad, nos dirá santa Teresita, consiste en una *disposición del corazón*, que nos hace humildes y pequeños entre los brazos de Dios, conscien-

tes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre. Todo es una ofrenda al amor.

La santidad teresiana es sencillamente la vida diaria divinizada por el amor; una santidad que se puede encontrar y practicar en todas partes; en las calles, en el despacho, en la fábrica, en el almacén, en familia... lo mismo que en el silencio del claustro y en la soledad del desierto.

Un santo vive entre nosotros, lleva nuestros trajes, nuestros calzados de casa, de montaña, de trabajo, parece como nosotros y es todo de Dios.

“¡Es tan grande todo en la religión!... ¡Recoger un alfiler por amor puede convertir a un alma! ¡Qué misterio! Sólo Jesús puede dar tal precio a nuestras acciones.” (1)

La Providencia se ha complacido en recordar al mundo moderno, ávido de vanagloria y de exhibicio-

(1) Cartas, 143.

nismo, que la verdadera grandeza, no consiste en el brillo exterior, sino en la fidelidad silenciosa de una vida toda de Dios. Teresita de Lisieux queda como modelo imitable para la gran multitud de hombres y mujeres que llevan en la tierra una oscura existencia de trabajo, destinada a permanecer siempre desconocida. Teresa nos dice:

“No creáis que para llegar a la perfección sea necesario hacer cosas grandes. Nuestro Señor no necesita del esplendor de nuestras obras ni de hermosos pensamientos... Ama la sencillez... las obras más brillantes nada son sin el amor.” (1)

TODO EL MUNDO PUEDE AMAR, Y DIOS NO PIDE MÁS

El camino de la infancia espiritual es una escuela de puro amor, que enseña a las almas a multiplicar los actos de amor de Dios y a transformar las acciones más indiferentes en actos de puro amor. No todo el mundo puede ayunar, disciplinarse ni llevar a cabo acciones brillantes, pero todo el mundo puede amar, y Dios no pide más.

El supremo beneficio de la espiritualidad teresiana, es haber conducido la santidad a su invariable esencia: el triunfo del amor. Su mensaje es todo un mensaje de amor. El deber esencial del hombre consiste en amar a Dios. Todo lo demás es accidental:

“Amar y ser amada y volver a la tierra para hacer amar al Amor.”

Tal fue el sueño supremo de Teresa del Niño Jesús. Para la mayor parte de nuestros temperamentos modernos, debilitados y nerviosos, no es ya la hora de las grandes mortificaciones de otros tiempos. Pero no por eso hemos de desesperar y restringir a una porción escogida el llamamiento a la santidad. Es para nosotros el momento de volver, con Teresa, a la simplicidad del Evangelio. No aspiremos a maravillarnos por una virtud sobrehumana, pongámonos sencillamente en el lugar en que Dios nos ha colocado.

En la misión que cada uno recibimos se cifra esencialmente la forma de santidad que se nos da y exige. El cumplimiento de esa misión se identifica con la santidad. Dios tiene de cada cristiano una idea que le marca su puesto dentro de la comunidad de la Igle-

sia. Realizar esta idea que descansa en Dios es el supremo fin del cristiano. Así Teresa ora:

“Yo deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad y llegar al grado de gloria que me habéis preparado en vuestro Reino; en una palabra, yo deseo ser santa.”

UN CAMINITO PARA ALMAS MUY PEQUEÑAS

“No me habéis escogido vosotros a mí, sino que os he escogido yo a vosotros.” (Jn 15.)

Teresa de Lisieux encarna en la Iglesia el heroísmo de la pequeñez. Pertenece a aquella categoría de santos, a la vez admirables e imitables, que quedan a nuestro alcance. Se ha dicho y repetido, después de Pascal, que la infinita pequeñez, no es menos sorprendente que la infinita grandeza y no menos reveladora de la omnipotencia divina.

Teresa nos hace una observación parecida:

“El amor de nuestro Señor, igualmente se revela en el alma más sencilla que en el alma más sublime.” (1)

Ella siempre querrá clasificarse entre “estas almas sencillas” y su misión será suscitar en el mundo una multitud de otras “pequeñas almas” que, a su manera, y lo mismo que las almas grandes, trabajarán por la gloria del Creador.

Teresa de Lisieux descubrió este nuevo camino de santidad al contacto con la Escritura. Soñaba en un caminito muy recto y muy corto, en un caminito enteramente nuevo, preferible por su simplicidad y su carácter accesible a todos, a la “ruda escalera de la perfección” de los santos de otros tiempos:

“Estamos en un siglo de inventos, ya no es menester subir las gradas de una escalera, un buen ascensor lo reemplaza ventajosamente. Yo quisiera también un ascensor para elevarme hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la escalera de la perfección. Entonces pedí a los libros santos que me indicasen el ascensor, objeto de mis deseos y leí estas palabras, salidas de los labios de la Sabiduría eterna: ‘Si alguno es pequeño, que venga a mí’. Me

(1) Historia de un alma. VIII.

(1) Ibíd., I.

Dios me ha concedido la gracia de no temer la lucha. A toda costa es preciso que yo cumpla mi deber.

acerqué, pues, a mi Dios, adivinando que había descubierto lo que buscaba. La lectura del Evangelio acabó de iluminarla: 'En verdad en verdad os digo, que si no os hacéis como estos pequeñuelos, no entraréis en el Reino de los cielos.' (Mt 18,3.) (1)

Santa Teresita encarnó un hermoso y nuevo modelo de santidad heroica, carente de ascética violencia, de mortificaciones excepcionales, ausente de métodos de oración, sin aparentes carismas místicos ni acciones extraordinarias.

Su mensaje y su vida misma, podríamos decir, son inseparables. Su doctrina, apoyada en la autoridad de la Iglesia no son tanto sus escritos, como su propia vida; ya que por otro lado, estos escritos, no revelan otra cosa que su vida.

Su existencia es de valor ejemplar. El Espíritu Santo se apoderó de ella y de ella se ha servido para demostrar por su medio perspectivas nuevas sobre el Evangelio.

Es la espiritualidad teresiana el "espíritu de infancia" en todas nuestras relaciones con Dios y está constituido por la conciencia de nuestra pequeñez y de nuestra nada ante Dios; el amor, el agradecimiento, el abandono a la Providencia, es decir, la fe más confiada y audaz en la Paternidad divina; la fidelidad absoluta y sonriente a nuestro deber de estado y en el lugar donde Dios nos ha colocado; la sencillez...; Incluso las mismas caídas escapadas a la propia debilidad ayudan al alma a elevarse a Dios.

"YO LO ESCOJO TODO"

La "Historia de un alma" ha popularizado todos los detalles de la infancia de Teresita. Se nos manifiesta allí como una santa que vive entre nosotros con sus sencillas y espontáneas alegrías y con sus pequeñas penas de niña. Nada que se salga de lo ordinario:

"Dios se ha complacido en rodearme siempre de amor. Mis primeros recuerdos guardan la huella de los más tiernos cariños y sonrisas." (2)

(1) *Ibid.*, IX.
(2) *Ibid.*, I.

En efecto, su medio familiar fue para ella una verdadera escuela de perfección cristiana. Unos "padres santos", unas hermanas destinadas todas ellas a consagrarse a Dios en la vida religiosa, velaron sobre su alma de niña. En esta atmósfera excepcional, se moldeó espontáneamente siguiendo el ejemplo de sus hermanas mayores.

"Cuando oía decir que Paulina sería religiosa, sin saber demasiado qué era esto, pensaba: también yo seré religiosa." (1)

No le consentían ningún capricho, ningún defecto. En su relato Teresa se reconoce de una sensibilidad extremada, de una ternura excesiva, necesitada de luchar con el amor propio:

"Con mi manera de ser, de haberme educado unos padres sin virtud, ...yo hubiera salido muy mala y tal vez me hubiera perdido." (2)

Pero todos estos defectos reprimidos desde el primer momento le sirvieron para crecer en la perfección:

"Un día Leonia, viéndose ya demasiado mayor para seguir jugando a las muñecas, vino a nuestro encuentro, con una cesta llena de vestiditos y de preciosos retales para hacer otros nuevos. Encima de todo llevaba acostada a su muñeca: 'Tomad, nos dijo, escoged lo que queráis; os lo doy todo'. Celina echó la mano y cogió un pequeño mazo de presillas que le gustaban. Tras un momento de reflexión también yo eché la mano, diciendo: 'Yo lo escojo todo'. Y cogí la cesta sin más ceremonia." (3)

Este episodio de los cuatro años es el resumen de toda su vida:

"Más tarde cuando se me manifestó la perfección, comprendí que para llegar a ser santa era necesario sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados y

(1) *Ibid.*, I.
(2) *Ibid.*, I.
(3) *Ibid.*, I.

que cada alma era libre de responder a las insinuaciones del Señor, libre de hacer poco o mucho por él. En una palabra: libre de escoger entre los sacrificios que Jesús pide. Entonces, como en los días de mi infancia yo exclamé: 'Dios mío, lo escojo todo'. No quiero ser santa a medias. No me asusta el sufrir por ti. Sólo me asusta una cosa: conservar mi propia voluntad. Tómala, pues yo escojo todo lo que Tú quieras." (1)

"¿Qué feliz era yo en aquella edad!, empezaba ya a gozar de la vida se me hacía agradable la virtud..." (2)

"Verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Hallaba flores a cada paso que daba. Mi excelente carácter contribuía también a hacerme agradable la vida. Pero un nuevo período iba a abrirse para mi alma. Tenía que pasar por el crisol de la adversidad. Tenía que sufrir desde mi infancia para poder ser ofrecida cuanto antes a Jesús." (3)

Y así fue como el acontecimiento de la muerte de su madre y algunos otros trastornaron profundamente su vida. Ocurrió cuando contaba cuatro años y medio:

"Yo, tan viva, tan expansiva antes, me hice tímida, dulce y en extremo sensible. Bastaba una mirada para provocarme las lágrimas. Nadie había de ocuparse de mí, si querían verme contenta. No podía soportar la compañía de ninguna persona extraña, y sólo en la intimidad del hogar recobraba mi alegría." (4)

Sobre sus años de colegio nos dice que en absoluto fueron para ella, como son frecuentemente para los demás, los mejores y más felices:

"Los cinco años que pasé en él, fueron para mí los más tristes de mi vida... A causa de mi carácter dulce y tímido no sabía defenderme y

me contentaba con llorar en silencio, sin quejarme de lo que sufría. Pero me faltaba la suficiente virtud para sobreponerme a aquellas miserias de la vida, y mi pobre corazón sufría lo indecible." (1)

No tenía aún la edad de diez años cuando una nueva aflicción destrozó el corazón de Teresa: su hermana Paulina iba a entrar carmelita:

"¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón? En un instante vi lo que era la vida. Nunca hasta entonces me había parecido tan triste... Lloré lágrimas muy amargas, pues no conocía aún el gozo que encierra el sacrificio. Era débil, tan débil, que considero una gracia extraordinaria la de haber podido resistir un dolor que parecía estar muy por encima de mis fuerzas." (2)

Llegó a sufrir tanto que confiesa que no tiene comparación con los sufrimientos que hubo de soportar después. Como consecuencia una rara enfermedad puso en peligro su vida, pero la Santísima Virgen se le apareció sonriente y la curó milagrosamente. Después de tal gracia la Virgen entró para siempre en su vida. Desde entonces, Teresa recurre a Ella. En toda circunstancia se lo confía todo: sus penas y alegría de niña, sus temores de joven, sus peligros, su vocación, su pureza. Sí, el alma de Teresa como la de todos los santos fue un alma mariana:

"¿Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote, para predicar sobre la Virgen María!" (3)

"Me gusta ocultar mis penas a Dios porque con Él quiero parecer siempre contenta de lo que hace. Pero a la Virgen no le oculto nada. Se lo digo todo." (4)

Después Teresa se preparó para la primera comunión. Este primer encuentro con Cristo terminó en una verdadera fusión:

(1) *Ibíd.*, I.
(2) *Ibíd.*, I.
(3) *Ibíd.*, I.
(4) *Ibíd.*, III.

(1) *Ibíd.*, II.
(2) *Ibíd.*, III.
(3) N. V. 23-VIII.
(4) P. A.

Siento en mí el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir en un campo de batalla en defensa de la Iglesia.

No, no soy una santa, nunca hice lo que los santos hicieron, soy un alma pequeñita a quien Dios ha colmado de sus gracias. Lo que digo es verdad; ya lo veréis en el cielo.

“... Me hallé inundada de tan grandes consolaciones, que las considero como una de las gracias más extraordinarias que he recibido en mi vida. El sufrimiento se convirtió para mí en un ensueño dorado... Hasta entonces había sufrido sin amar el sufrimiento; desde entonces sentí por él un verdadero amor.” (1)

La Eucaristía ocupará ya el primer puesto en su vida. Durante el retiro de su segunda comunión, se vio asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos:

“Es necesario haber pasado por este martirio para comprenderlo. Indecible es lo que sufrí durante año y medio. Todos mis pensamientos, mis acciones más sencillas se convertían en motivos de turbación.” (2)

De tal modo la asaltaron, que llegó a enfermar.

A pesar de su vivo deseo de practicar la virtud, muchas imperfecciones se deslizaban aún en sus actos, a causa de su sensibilidad extrema. La noche de Navidad de 1886 recibió una extraordinaria gracia de fortaleza:

“Desde aquella noche bendita nunca más fui vencida de ningún combate. Por el contrario, marché de victoria en victoria. Comencé, por así decirlo. ‘Una carrera de gigante.’” (3)

“La obra que yo no había conseguido realizar en diez años, Jesús la consumó en un instante, contentándose con mi buena voluntad, que por decirlo así nunca me había faltado.” (4)

“Jesús hizo de mí un pescador de almas. Sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores deseo que nunca hasta entonces había sentido tan fuertemente. Sentí que entraba en mi corazón la caridad, la obli-

gación de olvidarme de mí misma por complacer a los demás. Desde entonces fui dichosa.” (1)

“... Mi deseo de salvar almas creció de día en día.” (2)

Teresa sostenía su vida espiritual con la comunión eucarística, con la oración cotidiana, con pequeños pero continuos sacrificios:

“Porque era pequeña y débil, Jesús se abajaba hasta mí y me instruía secretamente. ¡Ah!, si los sabios que vivieron entregados al estudio me hubieran examinado, ciertamente habrían quedado sorprendidos al ver a una niña de catorce años penetrar los secretos de la perfección, secretos que toda su ciencia no sería capaz de descubrirlos nunca, porque para poseerlos, es necesario ser pobre de espíritu.” (3)

EL CARMELO

Apenas entrada en el Carmelo en abril de 1888, la invadió una inmensa paz que no debía dejarla ya. No se extrañó de ningún sacrificio, se mostró fiel en las más pequeñas cosas. El postulante fue duro. Nada se le ahorró a esta niña de quince años. Sor Teresa lo aceptaba todo sonriendo. Nadie sospechaba su oculto heroísmo:

“Durante cinco años, éste fue mi camino, pero mi sufrimiento no se transmitía al exterior; y tanto más doloroso era, cuanto sólo de mí conocido.” (4)

Dos meses después de su entrada en el Carmelo, el R. P. Pichon, que había ido a predicar el retiro anual a la comunidad, se sintió sorprendido por la acción de Dios en su alma. Pero ella no veía mérito

(1) H. A., IV.
(2) *Ibid.*, IV.
(3) *Ibid.*, V.
(4) *Ibid.*, V.

(1) *Ibid.*, V.
(2) *Ibid.*, V.
(3) *Ibid.*, V.
(4) *Ibid.*, VII.

alguno por su parte. Se sentía débil e imperfecta. Y sólo el agradecimiento llenaba su corazón:

“Recuerdo que al principio de mi vida espiritual, a los 13 ó 14 años, me preguntaba a mí misma qué progresos podría hacer más tarde, pues creía entonces imposible comprender mejor la perfección. No tardé en convencerme de que cuanto más adelanta uno en ese camino, tanto más lejos se cree del término. Por eso, ahora me resigno a verme siempre imperfecta y encuentro en ello mi alegría.” (1)

El noviciado prosiguió en la sequedad espiritual, nota habitual de su intimidad con Dios, durante casi toda su vida de carmelita. Pero Sor Teresa del Niño Jesús, a través de todos los sacrificios entre los que destacaba la penosa enfermedad de su padre, avanzaba en la unión divina. El Espíritu Santo la guiaba en todo:

“Creo, que es sencillamente Jesús mismo escondido en el fondo de mi pobre corazón, quien obra en mí, dándome a entender en cada momento lo que quiere que yo haga.” (2)

“Justamente en el momento que las necesito, me hallo en posesión de luces cuya existencia ni siquiera habría sospechado y no es precisamente en la oración donde se me comunican abundantemente tales ilustraciones; las más de las veces es en medio de las ocupaciones del día.” (3)

Un retiro la liberó del todo del excesivo temor de ofender a Dios, que la detenía en sus impulsos de amor:

“¡Qué dicha experimenté al escuchar estas consoladoras palabras! Nunca había oído decir que las faltas pudiesen no desagradar a Dios. Aquella seguridad me colmó de alegría.” (4)

(1) *Ibid.*, VII, 16.
 (2) *Ibid.*, VIII, 2.
 (3) *Ibid.*, VIII, 21.
 (4) *Ibid.*, VII, 20.

Su vida espiritual tomó un impulso definitivo, el “amor no sólo le hará correr sino volar” por decirlo con una frase suya. La confianza le condujo al total abandono, forma suprema del puro amor:

“Al presente, no tengo ya ningún deseo sino es el amar a Jesús con locura... Ya no deseo ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos. Ahora sólo el abandono me guía.... Ya no me es posible pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios sobre mi alma.” (1)

Dios encaminaba así a Sor Teresa hacia la ofrenda al Amor Misericordioso, síntesis de su vida interior y de su espiritualidad. El 9 de junio de 1895, bajo el influjo de una inspiración divina, hizo el ofrecimiento no a la justicia divina, ni al sufrimiento, sino al Amor:

“A fin de vivir en un acto de perfecto Amor, yo ME OFREZCO COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO, suplicándoos me consumáis sin cesar, ...para que así llegue yo a ser mártir de vuestro Amor.” (2)

Dios no tenía más que acabar en el alma de Teresa su obra. Esta será el sufrimiento. El jueves santo de 1896 tuvo su primer ataque de hemoptisis, pero a pesar de ello, se entregó durante más de un año a todas las austeridades del Carmelo. Un espíritu de fortaleza invencible la animaba:

“Venida la noche, la pobre niña tenía que subir sola la escalera del dormitorio, deteniéndose a cada peldaño para tomar aliento. Alcanzaba penosamente su celda a donde llegaba tan agotada que, como confesó más tarde, necesitaba a veces una hora para desnudarse.” (3)

(1) *Ibid.*, VIII, 20.
 (2) Acto de ofrenda al amor Misericordioso.
 (3) P. A. 1380.

La confianza, nada más que la confianza, es la que ha de conducir al amor.

Si este camino de la infancia espiritual fuese seguido por todos, se mostraría fácil la restauración ordenada de la sociedad humana, de la que hemos hecho el fin de nuestros esfuerzos desde el principio de nuestro Pontificado.

(Pío XI)

A este dolor físico vino a unirse el sufrimiento moral con lo que la configuración con el crucificado fue perfecta:

“Durante los días gozosos del tiempo Pascual, Jesús me hizo comprender que hay verdaderamente almas sin fe, almas que por el abuso de las gracias pierden este precioso tesoro, única fuente de alegrías puras y verdaderas.

Permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas y que el pensamiento del cielo tan dulce para mí no fuera ya más que un motivo de combate y de tormento.” (1)

“Creo haber hecho más actos de fe en un año que durante toda mi vida.” (2)

Así Teresa iba avanzando. El año anterior a su muerte llega aún a profundizar y comprender más lo que es la caridad:

“Este año me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. También antes lo comprendía, es verdad, pero sólo de una manera imperfecta. No había profundizado esas palabras de Jesús: ‘El segundo mandamiento es parecido al primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo’ (Mt 22,39). Me dedicaba principalmente a amar a Dios.” (3)

(1) H. A., IX, 12.
(2) *Ibíd.*, IX, 11.
(3) *Ibíd.*, IX, 24.

“Cuanto más unida estoy a Él, tanto más amo a mis hermanas.” (1)

Los últimos escritos, nos cuentan día tras día las últimas disposiciones de esta vida que va terminando:

“No tengáis pena de mí. He llegado a un punto en que ya no puedo sufrir, porque me es dulce todo padecimiento.” (2)

“Cuando sufro mucho, decía, cuando me suceden cosas penosas, desagradables, en lugar de adoptar una expresión de tristeza, las recibo con una sonrisa. Al principio no siempre lograba hacerlo; pero ahora es ya una costumbre en mí y me alegro mucho de haberla adquirido.” (3)

A su hermana Celina, que le pedía unas palabras de “adiós”, le dijo:

“Lo he dicho todo: todo se ha consumado. Sólo cuenta el amor.” (4)

“Sólo la caridad puede ensanchar mi corazón, Jesús, desde que esa dulce llama lo consume, corro con alegría por el camino de vuestro ‘mandamiento nuevo’.” (5)

(1) *Ibíd.*, IX, 25.
(2) Apéndice, 18.
(3) *Ibíd.*, 35.
(4) N. V., 9-IX.
(5) H. A., IX, 32.

El amor me ha escogido por holocausto, a mi débil e imperfecta criatura. ¿No es, acaso, digna del amor esta elección?

Sí. Para que el amor quede plenamente satisfecho necesita bajarse hasta la nada y transformarla en fuego.

Y en efecto es lo que siempre deseo:

“Sabéis, Dios mío, que nunca he deseado otra cosa sino amaros; no ambiciono otra gloria. Vuestro amor me previno desde la infancia, creció conmigo y ahora es un abismo cuya profundidad me es imposible medir.” (1)

(1) H. A., X.

En la tarde del 30 de setiembre, día lluvioso y oscuro, Teresa entre frases de amor a Dios fijó sus ojos en el cielo y los cerró con una indecible expresión de gratitud. Había muerto.

“Las nubes se disiparon rápidamente y muy pronto se vieron brillar las estrellas en un cielo purísimo.” (1)

(1) N. V., 30-IX.



Santa Teresita del Niño Jesús en su lecho de muerte.

LA PERFECCION DE LA CARIDAD: EL SEGUNDO PRECEPTO SEMEJANTE AL PRIMERO Y EL MANDAMIENTO NUEVO DE CRISTO

La comprensión perfecta de la caridad. El segundo mandamiento es semejante al primero.



ESTE año se me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. También antes lo comprendía es verdad, pero sólo de una manera imperfecta. No había profundizado estas palabras de Jesús: “El segundo mandamiento es parecido al primero: «amarás a tu prójimo como a ti mismo»”.³⁰ Me dedicaba principalmente a amar a Dios.

El cumplimiento de la voluntad de Dios y el mandamiento nuevo de Cristo.

Y amándole, he llegado a comprender que mi amor no debe limitarse solamente a las palabras, porque: “No los que dicen: *Señor, Señor*, entrarán en el reino de los cielos sino los que hacen la voluntad de Dios”.³¹

Jesús dio a conocer esa voluntad muchas veces; casi debería decir que en cada página de su Evangelio. Pero en la última Cena, cuando sabe que el corazón de sus discípulos arde en una llama más viva de amor a Él, cuando acaba de darse a ellos en el misterio inefable de la Eucaristía, entonces es cuando el dulce Salvador les impone un mandamiento nuevo. Les dice con una ternura indecible: “Un mandamiento nuevo os impongo: que os améis mutuamente, y que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. El sello por el que todo el mundo conocerá que sois discípulos míos será precisamente ese nuestro mutuo amor”.³²

Cómo nos ha amado Cristo.

¿Cómo amó Jesús a sus discípulos y por qué les amó? ¡Ah! No eran ciertamente sus cualidades naturales las que le atraían. Entre ellos y Él la distancia era infinita. Él era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos, unos pobres pescadores ignorantes y llenos de ideas terrenas. Sin embargo, Jesús les llama sus amigos, sus hermanos.³³ Quiere verles reinar con Él en el reino de su Padre; y precisamente para abrirles las puertas del reino muere en una cruz, pues Él mismo dijo: “No hay mayor amor que el dar la propia vida por los que se ama”.³⁴

30. *Mateo*, XXII, 39.

31. *Ib.*, VII, 21.

32. *Juan*, XIII, 34-35.

33. *Juan*, XV, 15.

34. *Ib.*, 13.

Meditando las palabras de Jesús, comprendí cuán imperfecto era el amor que yo tenía a mis Hermanas. Vi que no las amaba como Dios las ama. ¡Ah! Ahora es cuando comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades, en sacar edificación de los menores actos de virtud que se les ve practicar. Comprendí, sobre todo, que la caridad no ha de quedar encerrada en el fondo del corazón. “Nadie —dice Jesús— enciende su candela para ponerla debajo del celemín, sino que la pone sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa”.³⁵

Me parece que esta candela es la caridad, la cual ha de alumbrar y alegrar, no sólo a los que me son más queridos, sino a todos los que están en la casa, sin excluir a nadie.

La caridad perfecta.

Antes de la venida de Cristo: “Amarás al prójimo como a ti mismo.”

Cuando el Señor ordenó a su pueblo que amase al prójimo como a sí mismo³⁶ aún no había venido a la tierra. Por eso, sabiendo en qué grado se ama uno a sí mismo, no podía pedir a sus criaturas un amor más grande para el prójimo. Pero cuando Jesús impuso un nuevo mandamiento —su nuevo mandamiento,³⁷ como Él dijo más tarde— ya no habla de amar al prójimo como a sí mismo, sino de amarle *como Él, Jesús, le amó*, como le amaré hasta la consumación de los siglos.

En la Ley nueva: Como Cristo nos ha amado.

¡Ah, Señor! Sé que no mandáis nunca nada imposible. Conocéis mejor que yo misma mi debilidad. Sabéis que nunca podría amar a mis Hermanas como vos las amáis, si vos mismo, ¡oh, Jesús!, no las amáis también en mí. Y porque queríais concederme esta gracia, por eso impusisteis un mandamiento nuevo.

“Cuando soy caritativa, es Jesús quien obra en mí.”

¡Ah! ¡Con qué amor lo acepto, pues me da la certeza de que es voluntad vuestra *amar en mí* a todos los que me mandáis amar! Sí, lo experimento; cuantas veces soy caritativa, es Jesús quien obra en mí. Cuanto más unida estoy a Él, tanto más amo a mis Hermanas.

35. *Mateo*, V, 15.

36. *Levítico*, XIX, 18.

37. *Cfr. Juan*, XV, 12.

El Papa Pío X (San Pío X), hablando a un sacerdote, empeñado en demostrarle que nada había de extraordinario en la vida de Sor Teresa del niño Jesús, le intimó

“¡AH! LO MÁS EXTRAORDINARIO DE ESTA ALMA ES PRECISAMENTE SU PRODIGIOSA SENCILLEZ... REPASE LA TEOLOGÍA.”

(Citado por el P. Bruno de San José, O. C. D., en “Santa Teresita del Niño Jesús”, Obras completas. Burgos, 1953, pág. XVII.)

POR LA ORACION Y LA CONFIANZA

Sentimiento de Sor Teresa del Niño Jesús al serle confiado un segundo hermano espiritual, misionero.



El primer sentimiento fue de alegría, al que inmediatamente siguió otro de temor. Intenté haceros ver que habiendo ya ofrecido mis pobres méritos por un futuro apóstol, no creía poderlos ofrecer por otro; y además, que había otras muchas Hermanas mejores que yo para satisfacer el deseo de dicho Padre.

Todas mis objeciones fueron inútiles; me contestasteis que podía muy bien tener varios hermanos. Entonces os pregunté si la obediencia podría duplicar los méritos. Me respondisteis que sí, añadiendo varias otras cosas para convencerme de que debía aceptar sin escrúpulos el nuevo hermano.

El celo debe abarcar el mundo entero.

En el fondo, Madre mía, yo era del mismo parecer. Es más: puesto que “el celo de una carmelita debe abarcar al mundo entero”,²⁹ tengo la esperanza de ser útil con la gracia de Dios, a más de dos misioneros, y no dejaré de rogar por todos. Sin olvidar tampoco a los simples sacerdotes, cuya misión es a veces tan difícil de cumplir como la de los apóstoles que predicán a los infieles.

Quiero ser hija de la Iglesia como nuestra madre Santa Teresa.

Quiero, en una palabra, ser hija de la Iglesia³⁰ como lo era Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, y rogar por las intenciones de nuestro Santísimo Padre el Papa, sabiendo que sus intenciones abarcan el universo.

Este era ya el fin general de mi vida. Pero esto no me hubiera impedido unirme de un modo especial a la obra de mis angelitos queridos, si hubiesen sido sacerdotes, y ayudarla con mi oración.

El fin general de su vida: Rogar por las intenciones del Papa.

Así, pues, me he unido espiritualmente a los apóstoles que Jesús me ha dado por hermanos. Todo lo que me pertenece, les pertenece también a cada uno de ellos. Sé que Dios es demasiado bueno para andarse con particiones. Es tan rico, que me da sin medida todo cuanto le pido...

Pero no temáis, Madre mía, que me pierda ahora en largas enumeraciones. Si desde que tengo estos dos hermanos y estas hermanitas, las novicias, quisiera pedir para cada alma lo que necesita, y detallarlo, no acabaría nunca, y aun correría el riesgo de olvidar alguna cosa importante.

29. Cita de un libro muy apreciado por entonces en los Carmelos: *Le Banquet sacré ou l'idée d'une parfaite carmelite*. Retiro anual de diez días, compuesto por la R. d. v. Madre Juana Margarita de la Misericordia, carmelita. (Albi, S. Rodière, 1844).

30. Santa Teresa de Jesús repetía esta frase en el lecho de muerte. (Cfr. *Vida de Santa Teresa*, por el R. Padre Francisco de Ribera, lib. III, cap. XV).

Sencillez de espíritu

Las almas sencillas no necesitan usar de medios complicados. Yo soy una de ellas. Por eso, una mañana durante la acción de gracias, Jesús me inspiró un modo sencillo de cumplir mi cometido. Me hizo comprender el sentido de estas palabras del Cantar de los Cantares: “*Atráeme, corremos tras el olor de tus perfumes*”.³¹

Basta decir “atráeme”

¡Oh, Jesús! Luego no es necesario decir: “Atrayéndome a mí, atrae también a las almas que amo”. Esta sola palabra, “atráeme”, basta.

Lo comprendo, Señor: Cuando un alma se ha dejado cautivar por el olor embriagador de vuestros perfumes, no puede correr sola: todas las almas que ama son atraídas en pos de ella.

Y esto se cumple sin violencia, sin esfuerzo, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia vos.

Así como un torrente que se lanza con impetuosidad al océano arrastra consigo todo lo que encuentra a su paso, del mismo modo, ¡oh, Jesús!, el alma que se abisma en el océano sin riberas de vuestro amor lleva tras sí todos los tesoros que posee.

Las almas son el tesoro que Dios me ha confiado.

Señor, sabéis que mis únicos tesoros son las almas que os habéis dignado unir a la mía. Estos tesoros me los habéis confiado vos. Por eso yo me apropio las palabras que dirigisteis al Padre Celestial la última noche que os vio todavía peregrino y mortal sobre la tierra.

¡Jesús, mi Bien amado! No sé cuándo acabará mi destierro. Más de una noche me verá todavía cantar en el destierro vuestras misericordias. Pero al fin también para mí llegará la última noche. Entonces yo quisiera poder deciros:

“Os glorifiqué en la tierra. Consumé la obra que me encomendasteis. Di a conocer vuestro nombre a los que me disteis. Eran vuestros y me los disteis.

”Ahora conocen que todo lo que me disteis viene de vos; porque yo les comuniqué las palabras que vos me comunicasteis, y creyeron que vos me habíais mandado.

”Ruego por los que me disteis, porque son vuestros. Yo ya no estoy en el mundo; ellos están, y yo vuelvo a vos. Padre santo, guardad por vuestro nombre a los que me disteis.

”Yo voy ahora a vos, y lo digo para que el gozo que viene de vos sea en ellos perfecto. No os pido que les quitéis del mundo, sino que les preservéis del mal. Ellos no son del mundo, como tampoco lo soy yo.

”No ruego sólo por ellos, sino también por todos los que creerán en vos por su palabra.

”Padre mío: Deseo que donde yo esté, estén también conmigo los que me disteis, y que conozca el mundo que vos les amasteis como me amasteis a mí”.³²

La oración de Jesús en la Cena.**Vos me dijisteis: todo lo mío es tuyo.**

Sí, Señor. Esto es lo que quisiera poder repetir, con vuestras mismas palabras, antes de volar a vuestros brazos. ¿Es, acaso, temeridad? No. Desde hace mucho tiempo me habéis permitido ser atrevida con vos. Como el padre del hijo pródigo hablando con su hijo vos me dijisteis: Todo lo mío es tuyo”.³³

31. *Cantar de los Cantares*, I, 3.

32. Juan, XVII, 4-33. La Santa reúne y cita libremente estos versículos.

33. Lucas, XV, 31.

Por lo tanto, ¡oh, Jesús mío!, más son vuestras palabras, y puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que me están unidas los favores del Padre Celestial.

Pero, Señor, cuando digo que donde yo esté deseo que estén también los que me disteis, no pretendo en manera alguna suponer que no puedan ellos llegar a una gloria mucho más elevada de la que tengáis a bien darme a mí. Quiero, sencillamente, pedir que un día estemos todos reunidos en el cielo.

Sabéis, ¡oh, Dios mío!, que nunca he deseado otra cosa sino amaros; no ambiciono otra gloria. Vuestro amor me previno desde la infancia, crecí conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad me es imposible medir.

El amor llama al amor; por eso, ¡oh, Jesús!, el mío se lanza hacia vos. Quisiera él llenar el abismo que le atrae; pero ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano. Para amaros yo a mi vez como vos me amáis, siento la necesidad absoluta de apropiarme vuestro mismo amor. Sólo así hallo el reposo.

Un solo deseo: el amor.

¡Oh, Jesús mío! Tal vez sea ilusión, pero creo que no podéis colmar a un alma de más amor del que habéis colmado a la mía. Por eso me atrevo a pedir que améis a los que me disteis como me amáis a mí misma.³⁴

Si un día en el cielo veo que les amáis más que a mí, me alegraré, reconociendo desde ahora que esas almas merecen vuestro amor mucho más que la mía. Pero aquí abajo no puedo concebir una mayor inmensidad de amor de la que os habéis dignado prodigarme gratuitamente, sin mérito alguno de mi parte.

Madre mía, por fin vuelvo a vos. Estoy enteramente maravillada de lo que acabo de escribir, pues no tenía tal intención. Y puesto que está ya escrito, habrá que dejarlo.

Pero antes de reanudar la historia de mis hermanos espirituales, quiero haceros la aclaración de que no les aplico a ellos, sino a mis hermanitas, las primeras palabras que he tomado del evangelio, a saber: “les comuniqué las palabras que vos me comunicasteis”,³⁵ etc., pues no me creo capaz de enseñar a unos misioneros. Gracias a Dios, no soy tan orgullosa como para tanto. Ni aun hubiera sido capaz de dar algunos pocos consejos a mis Hermanas, si vos, Madre mía, que me representáis a Dios, no me hubieseis dado gracia para hacerlo.

“Les comuniqué vuestras palabras.”

Por el contrario, en vuestros queridos hijos espirituales, que son mis hermanos, pensaba al escribir estas palabras de Jesús y las que vienen a continuación: “No os pido que les quitéis del mundo... Os ruego también por los que crearán en vos por su palabra”.³⁶

¿Cómo, en efecto, podría yo dejar de orar por las almas que ellos salvarán en sus misiones lejanas mediante el sufrimiento y la predicación?

Madre mía: Creo necesario daros aún algunas explicaciones sobre el pasaje del Cantar de los Cantares: “Atráeme, correremos...”, pues lo que he escrito me parece que no se entiende muy bien.

“Nadie —ha dicho Jesús— puede venir a mí, si el Padre que me envió no le atrae”.³⁷ Luego, por medio de sublimes parábolas —y muchas veces sin servirse de este medio tan familiar al pueblo— El nos enseña que basta llamar pa-

34. *Juan*, XVII, 23.

35. *Juan*, XVII, 8.

36. *Ib.*, 15-20.

37. *Ib.*, VI, 44.

Basta llamar para que se nos abra y tender la mano con humildad para recibir lo que se pide.

He aquí mi oración: Pido a Jesús que me atraiga.

El alma que ama no permanece inactiva. En su contemplación da más que Marta.

Jesús no reprueba los trabajos sino la inquietud. Su Madre divina se sometió humildemente toda su vida a los trabajos de Marta.

En la oración aprendieron su ciencia divina los grandes Doctores.

Dios se nos da como único punto de apoyo.

ra que se nos abra, buscar para encontrar, y tender humildemente la mano para recibir lo que se pide.³⁸ Dice también que todo lo que se pida en su nombre al Padre³⁹ éste lo concederá. Sin duda, por eso el Espíritu Santo inspiró antes del nacimiento de Jesús esta oración profética: "Atráeme, correremos".

Pedir ser atraído ¿qué es sino pedir unirse de una manera íntima al objeto que cautiva el corazón? Si el fuego y el hierro tuviesen conocimiento, y este último dijese al otro: "atráeme", ¿no demostraría que desea identificarse con el fuego, de manera que éste le penetre y le embeba de su ardiente substancia hasta parecer una cosa con él.

Madre mía queridísima: He aquí mi oración. Pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan estrechamente a sí, que sea El quien viva y obre en mí. Creo que cuanto más me abrase el corazón el fuego del amor, con tanta mayor fuerza diré: "Atráeme". Y cuanto más se acerquen las almas a mí —pobre trocito de hierro inútil, si me alejo del brasero divino—, con tanta mayor ligereza correrán esas almas al olor de los perfumes de su Amado.

Porque un alma abrasada de amor no puede permanecer inactiva. Ciertamente, a imitación de Santa María Magdalena, ella permanece a los pies de Jesús escuchando su dulce e inflamada palabra. Pero pareciendo no dar nada, da mucho más que Marta, la cual se ocupa de muchas cosas⁴⁰ y quiere que su hermana la imite.

No son los trabajos de Marta lo que Jesús reprueba. A los mismos trabajos se sometió humildemente su Madre divina durante toda su vida, pues tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia. Lo que Jesús quiere únicamente⁴¹ corregir es la *inquietud* de su ardiente huésped.

Todos los Santos lo entendieron así, y más particularmente tal vez, los que llenaron el universo con la luz de la doctrina evangélica.

¿No fue, acaso, en la oración donde San Pablo, San Agustín, San Juan de la Cruz, Santo Tomás de Aquino, San Francisco, Santo Domingo y tantos otros ilustres amigos de Dios aprendieron la ciencia divina que causa admiración a los más grandes genios?

Un sabio dijo: "Dame una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo". Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y además iba hecha desde un punto de vista material, lo lograron los Santos en toda su plenitud.

El Todopoderoso se les dio a sí mismo por único punto de apoyo. Y por palanca, la oración, que enciende en fuego de amor los corazones. Así lo siguen levantando también los santos que aún militan en la tierra, y así lo levantarán hasta el fin del mundo los santos que vengan.

38. Cfr. Mateo, VII, 8.

39. Juan, XVI, 23.

40. Cfr. Lucas, X, 41.

Madre mía querida: Ahora quisiera decirlo lo que entiendo por “el olor de los perfumes del Amado”.

Las huellas de Jesús.

Puesto que Jesús subió al cielo, yo no puedo seguirle sino por las huellas que dejó. Pero ¡qué luminosas y perfumadas son esas huellas! No tengo más que poner los ojos en el santo Evangelio, y en seguida respiro los perfumes de la vida de Jesús, y sé por qué lado he de correr.

El último lugar y la oración del publicano.

No me echo al primer lugar, sino al último. En vez de adelantarme con el fariseo, repito llena de confianza la oración del publicano.

No es por haber sido preservada del pecado mortal por lo que me elevo a Jesús, por la confianza y el amor.

Pero sobre todo imito la conducta de María Magdalena. Su asombrosa, mejor, su amorosa audacia, que cautivó el Corazón de Jesús, cautiva también el mío.

Estoy segura de que aunque tuviese sobre la conciencia todos los pecados que se pueden cometer, iría con el corazón roto por el arrepentimiento a arrojarme en los brazos de Jesús, pues sé muy bien cuánto ama al hijo pródigo que vuelve a El.

Luego si me elevo a Jesús por la confianza y el amor, no es porque la misericordia preveniente de Dios me haya preservado del pecado mortal.⁴²

42. Alusión a la Historia de la pecadora convertida.

Quiero trabajar por vuestro amor solamente, con el único fin de agradaros, de consolar a vuestro Sagrado Corazón y de salvar almas que os amen eternamente.

(Del Acto de ofrenda al Amor Misericordioso)

Historia de la pecadora convertida y muerta de amor

La conversión de una joven que había tenido la desgracia de entregarse al pecado fue uno de los frutos de su caridad. La historia es edificante, y muy propia para inspirar a los más grandes pecadores la confianza en la misericordia del Señor, cuando sinceramente vuelven a él. Esta joven se llamaba Paesia. Había perdido de niña a sus padres; y deseosa de emplear sus bienes en obras de caridad, convirtió su casa en hospicio para los solitarios de Escete que iban por aquellas regiones para vender, sin duda, los frutos del trabajo manual de sus hermanos. Pero pensando ella que su caridad le resultaba demasiado cara, y sin darse cuenta del gran tesoro que se estaba preparando en el cielo, empezó a cansarse, y no faltaron personas que la confirmaron en el cambio de su modo de pensar. Tales personas llevaron mucho más lejos sus malos consejos, y quitaron enteramente a la joven el gusto de la virtud, terminando ésta por entregarse abiertamente al pecado.

Gran dolor sintieron los solitarios de Escete al saber su caída, y emplearon todos los medios que su caridad les inspiraba para sacar a la joven del abismo en el que había precipitado su alma. Acudieron, por fin, a Juan el Naín, y le rogaron que fuese a ver si por el don de sabiduría con que Dios le había enriquecido, lograba volverla a Jesucristo. Juan el Naín fue; pero al presentarse ante la puerta de la joven, se le prohibió la entrada, reprochándole con insultos que los solitarios habían arruinado a la dueña de la casa. Él no se desalentó por eso, sino que persistió en suplicar se le permitiese hablar con ella, asegurando que la joven no se arrepentiría de ello. Ante esto, se le condujo a su habitación. Se sentó junto a ella y le preguntó qué quejas tenía contra Jesucristo para abandonarle de aquella manera y caer en el deplorable estado que él bien conocía. Sus primeras palabras la impresionaron fuertemente y hallaron un vivo eco en su corazón. El santo, dejando obrar a la gracia, calló unos momentos, derramando abundantes lágrimas. Ella le preguntó por qué lloraba. ¡Ay! —respondió él— ¿cómo no he de llorar viendo lo mucho que el demonio os ha engañado y lo mucho que se ha burlado de vos? A estas palabras, la joven, sobrecogida de miedo y de horror ante su pecado, le dijo: —Padre mío, ¿hay todavía posibilidad de penitencia para mí? —Sí, dijo el Santo; os lo aseguro. —Llebadme, pues, a donde creáis conveniente para hacerla, le respondió ella. Se levantó en seguida, y le siguió sin decir nada en su casa, sin siquiera decir una palabra a nadie. Con gran consuelo notó esto el Santo, reconociendo por este detalle que el sentimiento de la conversión la embargaba totalmente y que lo dejaba todo para entregarse por entero a las prácticas de penitencia.

No se sabe a dónde tenía intención de llevarla. Probablemente a algún monasterio de religiosas. Más como hubiesen entrado en el desierto y se acercase la noche, Juan hizo un montón de arena, en forma de almohada, lo señaló con el signo de la cruz, y dijo a Paesia que se acostase. Luego, él se colocó más lejos para dormir también, después de haber orado. Pero habiéndose despertado a media noche, vio un rayo de luz que descendía del cielo sobre Paesia y que servía de camino a muchos ángeles que llevaban su alma al cielo. Sorprendido ante esta visión, se levantó en seguida, se acercó a Paesia, a quien empujó con el pie para ver si estaba muerta, y comprobó que efectivamente había entregado su alma a Dios. Al mismo tiempo, oyó una voz milagrosa que le decía: Su penitencia de una hora ha sido más agradable a Dios que la que otros hacen durante largo tiempo, pues éstos no la hacen con tanto fervor como ella.

EL HOGAR MAS FELIZ



Teresa a los 8 años.

Siempre que se quiere conocer a una persona y su obra es conveniente mirar el hogar donde vivió y se formó, porque el ambiente familiar es un elemento que influye grandemente en la forma de ser de todo hombre.

Las enseñanzas que Sta. Teresita nos ha dejado incitan, aparte de los bienes espirituales que llevan consigo, a conocerla e imitarla cada día más. Al contemplar su vida, llama la atención la huella que marcó en su espiritualidad el ambiente familiar donde se desarrolló su niñez. Así nos lo explica ella misma en sus escritos:

“El Señor se ha complacido en rodear de cariño mi vida entera; mis primeros recuerdos están llenos de las más tiernas sonrisas y cari-

cias. Mas no sólo colocó junto a mí tanto amor sino que también lo infundió en mi corazoncito, haciéndolo tierno y sensible. ¡No es posible imaginar hasta qué punto amaba yo a mi padre y a mi madre!”

“Me hago muy bien cargo de que, con semejante naturaleza, a no haber sido educada por padres virtuosos hubiera sido muy mala andando el tiempo y aún quizá me hubiera condenado eternamente.”

En el hogar de nuestra santita reinaba, por encima de todo, una alegría que contagiaba a los que llegaban a aquella casa. Los Sres. Martín consiguieron crear un clima que permitió el florecimiento de cinco vocaciones carmelitanas y de entre ellas una vocación al Amor. Podría decirse que este hogar fue el reflejo de aquella Sagrada Familia que diecinueve siglos antes había vivido en Nazaret.

Puede uno imaginarse fácilmente la vida en aquella casa. A cualquier hora que se entrase se oírían cantos, conversaciones, gritos infantiles. Cada hija realiza las faenas que su madre le ha encomendado. La educación se va recibiendo en este clima de alegría y amor. ¡De esta forma debe resultar mucho más fácil para los padres y también para los hijos!... pero el mérito está en saberlo conseguir.

Toda la vida se hace en el hogar, rara vez van a recepciones fuera de su casa, en parte porque no les gusta pero fundamentalmente porque se encuentran mucho mejor reunidos en ella.

El padre, hombre ya maduro, era muy recto, tanto para consigo mismo como para con los demás, amable con todos, extremadamente cariñoso con su familia y muy austero en su vida. El dirigía la familia por el camino que Dios le marcaba. Es esta para él la misión fundamental de su vida, y es tal la entrega a ellas, que a la muerte de su esposa abandonó todo lo suyo, para consagrarse más a sus hijas.

El Sr. Martín decía de sí mismo: “yo soy un bobalicón con mis hijas”. Ellas son para él su descanso. En los ratos libres al Sr. Martín le agradaba pescar y cazar pero siempre se llevaba a alguna de sus hijas consigo. El dirige, como nadie, las veladas junto al fuego en la casa de la calle San Blas, número 36 de la

pequeña población de Alençon. Allí declama poesías canta canciones tradicionales francesas, explica las acciones guerreras del pueblo francés a lo largo de su historia. Toda la familia le escucha y mira con verdadera veneración.

El Sr. Martín viene a ser el testigo de una época de salud moral en la que las creaciones de la Francia tradicional no habían cedido aún el lugar a los ambientes sensuales nacidos de la Revolución.

El es el centro del hogar. Su mujer es el corazón del mismo.

La madre era la alegría de la casa. Mujer de mucho ánimo, tenía el don de la fortaleza. Trabajaba en su fábrica de punto y cuidaba, como nadie, de su hogar. Amaba a su esposo "más que a su vida" y estaba totalmente entregada a él.

A pesar de su excesivo trabajo, la Sra. Martín siempre lo abandonaba todo para atender y complacer a sus hijas. Ella misma escribe:

"Me divierto como un niño en el juego de la paciencia: he pagado mi infantilismo; tenía que hacer un envío urgente de encajes y ha sido forzoso recuperar el tiempo perdido y velar hasta la una de la madrugada."

"Ha habido aquí una exposición de juegos y una merienda completa para estrenar el bonito juego de porcelana: ha durado cerca de dos horas. Nunca han disfrutado tanto las niñas. Paulina decía esta noche: 'Qué pena que se acabe la jornada, yo quisiera que todavía fuese esta mañana'. No estaba yo muy de acuerdo, porque he librado un duro combate; estoy sola desde hace tres días con toda la chiquillería."

"He prometido a las niñas celebrar la fiesta de Santa Catalina el domingo por la tarde. María quiere buñuelos, las otras pasteles; por mi parte sólo anhelo paz."

"¡... pero es un trabajo tan dulce ocuparse de los niños! Si yo no tuviera que hacer más que esto, me parece que sería la más feliz de las mujeres."

En el epistolario de esta madre de familia puede verse como vibraba y vivía todo lo que sucedía en su hogar. Todo lo guardaba en su corazón.

Todo este ambiente familiar se mantenía a pesar de los sufrimientos y dolores constantes que padecieron. La profunda fe en Dios y el abandono a su Divina Voluntad hicieron que todos los sinsabores que padecieron durante los diecinueve años de vida ma-



Teresa con su madre.

trimonial, no pudieran hacer morir la alegría del hogar sino que se transformaran también en ofrenda piadosa a su Señor.

Así pudo florecer aquella pequeña alma que ha llegado a ser "el corazón de la Iglesia".

Entre las cartas de la Sra. Martín hay muchas que parecen escritas por la misma Teresita y que muestran una absoluta confianza en Dios, base sobre la que se sustentaba toda la vida del hogar. Tomemos como ejemplo ésta que escribió a su hermano Isidoro que en aquel momento tenía graves problemas económicos (julio de 1872):

"... que no hay que hacer sino un cosa: rogar a Dios, porque ni ella, ni yo podemos ayudarte de otra manera. Así Él a Quien nada detiene, nos librará del mal cuando vea que hemos sufrido bastante y entonces te convencerás de que tus aciertos no se deben a tus aptitudes ni a tu inteligencia, sino sólo a Dios, como me ocurrió a mí en cuanto al Punto de Alençon: esta convicción es muy saludable: yo misma la tengo comprobada."

"Sabes tú que todos somos inclinados al or-

gullo y yo tengo experimentado con frecuencia que los que tienen fortuna en su mayoría se conducen con una suficiencia insufrible..., además, es cierto que la prosperidad constante aleja de Dios. Nunca ha llevado a sus elegidos por este camino, antes han experimentado el crisol del sufrimiento para purificarse.”

“Tú vas a decirme que te sermoneo, sin embargo, no es ésta mi intención; yo pienso en estas cosas muy a menudo y te las digo: ahora, ¡llama a esto sermón si quieres!”

Esta fue la escuela donde aprendió Teresa el abandono en Dios, enseñanza que ella llevó al más alto grado de perfección.

Contemplando el panorama que nos ofrece esta pequeña familia y aplicando a ella las palabras de nuestra santita podríamos decir:

“Creo que si, por un imposible, encontraras un hogar más débil que éste te complacerías de colmarlo de mayores gracias aún, con tal que confiara por entero en tu infinita misericordia.”

G. MANRESA PRESAS

MILLONES DE ALMAS HAN SENTIDO SU INFLUENCIA

El genio sublime de San Agustín, la sabiduría luminosa de Santo Tomás de Aquino han proyectado luz indeficiente sobre las almas: ellos han dado a conocer mejor a Cristo y su doctrina.

El poema divino que es la vida de San Francisco de Asís ha mostrado al mundo la imitación aún no igualada, de la vida de Dios hecho hombre, que por su ejemplo ha sido más amado por millones de hombres y mujeres.

Pero una carmelita enclaustrada, apenas llegada a la mayoría de edad, ha conquistado en menos de medio siglo innumerables legiones de discípulos.

Los doctores de la ley parecen niños en su escuela.

El Papa la ha glorificado y la invoca diariamente con súplicas humildes; y millones de almas en todos los continentes han sentido en su vida interior la influencia benéfica del pequeño libro de la Historia de un Alma.

Con razón decía nuestra santa querida: Siendo que mi misión va a comenzar. Mi misión de enseñar a las almas mi camino espiritual.

(El Cardenal Eugenio Pacelli, en Lisieux, 11-VII-1937.)

UN CAMINO NUEVO

LA FE COMO FUNDAMENTO DE LA SANTIDAD



Fotografía de Sta Teresita en 1889.

Lo que ha dado difusión universal a los escritos autobiográficos de Santa Teresita de Lisieux es que en ellos no sólo se manifiesta, para ejemplo y edificación nuestra, el gran fruto de su personal fidelidad a Dios como la simple "Historia de un alma", sino que, a la vez y sobre todo, se muestra en ellos un camino que la santita pretendía conscientemente que fuera imitado por todos aquellos que no se sienten con fuer-

zas para volar hacia la santidad. Ello puede parecer, en cierto modo, que desborda los límites de unos escritos que son más ocasionales que "doctorales" y, sin embargo, estaba ella tan convencida de la universal validez de "su caminito" que constata no ser necesario leerla a ella para conocerlo, pues, Dios mismo —dice la santa— lo dará a conocer a cada alma que se sienta *pequeña*. Y porque es el camino apropiado para almas débiles como la suya este camino se distingue porque es recto, corto y ventajoso.

Este camino que propone es el de la *infancia espiritual*, esto es, el abandono en manos del amor misericordioso del Señor, para alcanzar no sólo la confianza en el perdón de nuestros pecados sino especialmente para llegar a las más altas cumbres de la unión con Dios. Pero, por esta inclinación que tenemos a desenfocar siempre todo mensaje verdaderamente nuclear, bien pudiera resultar, y de hecho así sucedido muchas veces, que no se saca de la literal lectura de sus espléndidos escritos todo el fruto que las almas pobres podríamos obtener. Esto prueba que nuestro conocimiento de la obra teresiana no alcanza nunca a colocarse en la perspectiva central de su enseñanza, es decir, en el concepto que Santa Teresita tiene de la *pequeñez* y que, por lo mismo, tampoco acabamos de entender en qué estriba la *facilidad* de su camino.

El ritmo de nuestros mundanos escrúpulos y de nuestras inconfesadas dificultades, que nos impiden comprender el mensaje de la santa, puede tomar muy fácilmente la doble actitud que queremos ahora caracterizar. Centrémonos en aquello que, en el fondo, alimenta nuestra incomprensión de la misión de la santa carmelita. Los textos teresianos resbalan sobre nosotros sin hacernos mella porque no creemos que

sea adecuado su mensaje para almas “pequeñas”, ni creemos tampoco que aquel “camino” predicado por ella, sea en realidad “fácil”. Y esto acontece porque no sabemos qué es la “pequeñez” ni la “facilidad” cuando de la santidad se trata.

Es bien conocido aquel ejemplo de santa Teresita en que compara su camino para llegar hasta Dios a un “ascensor” que, “en estos tiempos de inventos” —escribe Teresita—, hacen más ventajoso nuestro ascenso hacia Él. Pero jamás hemos tomado en serio esta metáfora, pues, pensamos que, de hacerlo así,

y angustias!... como aquellas escaleras que conducían a la celda de Teresita y, en los meses de su enfermedad, la obligaban a tomar aliento es cada peldaño. Admitimos, en todo caso, que el “ascensor” se encuentra al final de una escalera, como en los entresuelos de nuestras casas, y que, por tanto, hay que subir primero unos escalones por nuestro propio pie para remontarnos sobre nuestra habitual bajeza, hasta ser “dignos” de ser tomados por Dios. Pero, el camino propuesto por Teresita, si tiene la validez y eficacia que ella pregona, debe estar ya *al principio* de nuestra

Sabéis que siempre he deseado ser una santa. Pero ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre compruebo que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cima se pierde en los cielos y el oscuro grano de arena que a su paso pisan los caminantes.

Mas en vez de desanimarme, siempre que lo he pensado me he hecho esta reflexión: Dios no puede inspirar deseos irrealizables. Por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Crecer me es imposible; he de soportarme a mí misma tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir uno por uno los peldaños de una escalera; en las casas de los ricos el ascensor suple con ventaja a la escalera. Pues bien, yo quisiera encontrar también un ascensor para llegar hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección.

caeríamos en un quietismo que lejos de llevarnos a la santidad nos estacionaría más es nuestra ya cómoda vida mundana. Hemos oído muchas veces que “es arduo el camino de la virtud” y, a este respecto —pensamos con cierto aire de inquisidor— el camino tereciano no puede ser “nuevo” ni apartarse de la advertencia evangélica que presenta como estrecha la puerta del Cielo y ancha la senda que conduce a la perdición. Además, —seguimos argumentando desde nuestra incompreensión— ¡cómo se sorprendería quien guiado de un falso optimismo, se acercara a la vida de la santa y la encontrara llena a rebosar de sacrificios

conversión. Pero esto es lo que nunca entendemos cómo puede ser.

Pongamos ahora el dedo en la llaga, es decir, analicemos lo que nos pasa cuando pensamos en la “pequeñez”, como el punto verdaderamente central para entender el mensaje de la santa y seguir el camino que nos propone. Pensamos a este respecto —y es en lo único que tenemos razón— que nuestra pequeñez, para poder aprovecharnos de la enseñanza de la santista, debería ser una pequeñez como la suya. Pero nosotros creemos —para nuestros adentros— que ella fue en realidad, un alma grande, aunque pensamos

arreglarlo añadiendo que su grandeza era "espiritual". Y aquí es donde radicalmente lo estropeamos del todo, apenas sin darnos cuenta. Comentamos en nuestro interior —cuando no lo decimos abiertamente— que no hay contradicción en llamar pequeña a un alma grande, pues entendemos que su grandeza es reputada como pequeñez por los que juzgan según el mundo, pero, que si nos situáramos en la perspectiva de Dios, que es la verdaderamente real, veríamos a Teresita como un alma enormemente grande, como es patente por su misma autobiografía que, pese a su humildad, revela un precocísimo anhelo de perfección

ciones sobrenaturales. Debemos reconocer francamente que cualquier observador de la vida de Teresa, aún cuando no fuera creyente ¿podría, sin sectarismo, juzgarla como pobre en valores humanos de inteligencia, sensibilidad y carácter? Pero, por otra parte, ¿no son las palabras de Teresita el fruto de una experiencia espiritual auténtica y, por lo mismo, escritas con sinceridad verdadera? En lugar de enmendar "piadosamente" los escritos literales de Santa Teresita y encontrarla "grande" cuando ella dice expresamente que se sentía pequeña, o juzgarla humanamente pequeña cuando podríamos compararla con cualquier gran mu-

Animada de estos sentimientos, busqué en los Sagrados Libros el soñado ascensor, objeto de mis deseos, y hallé estas palabras, salidas de la boca de la Sabiduría eterna: "El que sea pequeñito que venga a Mí". Prov., IX, 4.)

Entonces me acerqué a Dios, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y deseando saber lo qué hacíais, Señor, con el pequeñito que respondiese a vuestra llamada, continué buscando y he aquí lo que hallé: "a la manera que una madre acaricia a su hijito, así os consolaré yo. Os llevaré en mi regazo y os acunaré en mis rodillas". (Isaías, LXVI, 13.)

¡Ah, nunca palabras más tiernas, más melodiosas, me causaron mayor gozo en el alma! El ascensor que ha de subirme al cielo son vuestros brazos, ¡o Jesús! Por eso, no necesito crecer, al contrario; he de permanecer pequeña, y aún empequeñecerme cada día más.

y una enorme connaturalidad con las cosas celestiales. Pero éste —concluimos nosotros— no es en absoluto nuestro caso porque nosotros sí somos de verdad, o sea, según la mirada de Dios que escrutina los corazones, almas pobres, pequeñísimas y miserables. Esta sucesiva argumentación, que nos parece obvia y cristiana, no puede ser más disparatada y errónea.

Sería previamente necesario, para deshacer este cúmulo de equívocos, radicalizar esta tensión entre la grandeza y la pequeñez en la propia personalidad de Teresita, a través de las espléndidas descripciones de su alma, en todas las ocasiones de su vida que, aunque corta, fue intensa en sentimientos humanos y mo-

jer de la historia universal ¿no será más verdadero y útil, para comprenderla, situarse en su misma perspectiva? Intentemos esto último y removamos todos los malentendidos.

Para quien se sitúe en el ámbito de la fe, donde ancló santa Teresita, y piense en la relación de la criatura con su Creador y del pecador con su Redentor, sólo puede concluirse con seriedad en la real miseria nuestra, esto es, en la absoluta ausencia de valores capaces de parangonarlos con Dios, en la absoluta imposibilidad, por nuestra parte, de salvar la infinita distancia que nos separa de Dios, sean cuales fueren

nuestras cualidades. Es, por tanto, a la luz de la fe que Teresita entiende que ella no es grande.

Una comparación meramente humana, es decir, una comparación con los demás hombres —pues en esto consiste nuestra teoría de los valores— no viene absolutamente a cuento, porque no ofrece ninguna claridad. Es el orgullo de la modernidad filosófico-política, paganizante, quien ha ido prodigando el apelativo de “grandes hombres” fundado sobre todo en el desprecio de los demás, pero jamás ha podido recíprocamente, hacer que éstos se sientan pequeños; todo lo más resentidos.

Un hombre, comparándose con su entorno vital puede, en el mejor de los casos, sentirse pobre e incluso fracasado y, desde luego, puede sentirse con facilidad quebrantado en su cuerpo y en su espíritu, pero no puede, por ello, sentirse pequeño. *La pequeñez, como la infancia, sólo puede sentirse si se experimenta la grandeza de poseer un gran padre y de tenerlo todo él para sí.* Sólo los niños se sienten sincera y alegremente pequeños.

Los hombres no han sido creados para compararse —como lo expresa el refrán popular— sino para relacionarse, y la pequeñez se engendra en el niño en la

relación amorosa con su padre. Nunca alcanzaremos a entender la “*pequeñez*” de que nos habla Santa Teresita si no la pensamos desde su fundamento: la infancia. Sentirse pequeño es para santa Teresita sentirse niño.

En el orden espiritual, que es de lo que aquí se trata, alcanzamos tal pequeñez, es decir, tal infancia espiritual, en la consideración, que sólo la fe proporciona, de que somos hijos de Dios, de quien todo lo hemos recibido y de quien sabemos que podemos, con certeza, esperar bienes infinitamente mayores, porque es nuestro Padre. Lo que caracteriza al hijo, en cuanto tal, no es su valía, ni su capacidad para dar, sino su disponibilidad para recibir. Lo que nuestra santita sintió como misión suya no fue enseñarnos la “facilidad” sino recordarnos la “fidelidad”, esto es, la fe, que nos enseña nuestra filiación divina, ante lo que cabe preguntarse ¿es duro y arduo saberse hijo de Dios. No es en absoluto exagerada la metáfora del “ascensor”, pues, es bien cierto que Dios nos sube desde arriba, y desde el principio por su pie. Teresita de Lisieux entendió algo elemental y es que ser buen hijo de Dios es, simplemente, saber ser siempre hijo suyo. Esta es la infancia espiritual.

Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce a este divino horno del Amor; y el camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre. “Si alguno es pequeñito que venga a Mí” (Prov. IX, 4), dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y este mismo Espíritu de amor dijo también que “la misericordia se “concede a los pequeños” (Sabiduría, VI, 7).

En su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día “el Señor conducirá a los pastos su rebaño reunirá a los corderillos y los estrechará contra su corazón” (Isaías, XL, 11).

Y como si no bastasen estas promesas, el mismo profeta, hundiendo su inspirado mirar en las profundidades eternas, exclama en nombre del Señor: “A la manera que una madre acaricia a su hijito, así os consolaré yo”. Os llevaré en mi regazo, y os acariciaré sobre mis rodillas” (Isaías, LXVI, 13).

GRANDEZA DE CARACTER Y DE SANTIDAD EN UN ALMA FUERTE

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Después de terminada la Misa Papal, con los solemnes ritos de la Canonización de Santa Teresa del Niño Jesús, el Papa Pío XI, que es el que la había elevado al supremo honor de los Altares, dijo: "Hoy hemos canonizado a un gran Santo".

Sabía perfectamente aquel gran Papa, uno de los más eximios en la historia del Pontificado Romano, que a quien él acababa de canonizar, era una *Santa*, la santa Virgen Carmelita de Lisieux; y sin embargo, y poniendo un acento de aseveración en lo que decía, manifestó que era un gran *Santo*, a quien había canonizado.

Intencionada fue, seguramente, la genial frase de Pío XI; pues con ella, lo mismo que con todo lo que dijo en su admirable Homilía de la Misa de aquel día 17 de mayo de 1925, e hizo consignar en la Bula de canonización quiso hacer estas dos cosas, que eran de gran oportunidad y aún del todo necesarias.

En primer lugar, quiso presentarnos a la nueva *Santa* en la verdadera realidad de su vida y con el distintivo principal de toda ella: como un alma fuerte, alma de fortaleza varonil, que es lo que explica la grandeza de su carácter y la grandeza de su santidad; una joven virgen, a la que pudiésemos saludar como "la Mujer fuerte" de la Biblia; y aclamarla en la misma forma que los habitantes de Betulia a la valerosa Judith: "Obraste varonilmente, y tu corazón estuvo lleno de fortaleza" (Judith, 15, 11).

Y con esto, pretendió, en segundo lugar, aquel gran Papa deshacer la equivocada idea que algunos se habían formado de la Santa Carmelita, con desdoro de su nombre y de su memoria, y con mengua y desviación de la devoción con que la quisiesen honrar, imitar e imitar los fieles de Cristo.

Es que había sucedido uno de los lamentables casos, no infrecuentes en la Historia de la Iglesia y en el Culto de los Santos, de querer acomodar cosas muy grandes y muy altas al alcance míope del humano pensar y sentir, rebajando a nuestro bajo nivel lo más santo y sagrado.

Sucedió, pues, que no mucho tiempo después de la preciosa muerte de Teresa de Lisieux, y en medio del entusiasmo y aclamación universal que habían despertado las noticias y relatos de su admirable vida; hubo por desgracia escritores que la presentaron como no había sido; con un aspecto prevalente de blandura y suavidad, y hasta de una espiritualidad dulzona. No entendieron muchas de las expresiones de la *Santa*, y aun las trastocaron en un sentido como

de apocamiento y debilidad infantil, muy ajeno al que tenían en sus labios y en sus escritos. Y así llegaron a amenguar el concepto de su santidad.

Tiene, sí, el lenguaje de la Santa, y aun las maneras exteriores con que manifiesta su amor divino, formas tan bellas y de tan exquisita suavidad, que los espíritus débiles se engolosinaron, quedándose apenas con otra cosa que con un ídolo estético y sentimental.

Hubo también artistas que contribuyeron a desfigurar la verdadera imagen de Teresa; pues con atrevidos retoques a su auténtico retrato, y cambiando los rasgos vigorosos de su semblante y de toda su figura por otros más redondeados y tiernos, la representaron en forma muelle y dulcemente suave, como quien invita "a un perezoso *farniente*, y a un indolente y mal entendido abandono a *dejar hacer a Dios*", según la frase acerada pero exacta de P. Th. Duboscq, en su Carta-Prólogo al opúsculo "A l'Ecole de Sainte Therese de l'Enfant Jésus", 1927.

Las desviaciones que todo esto produjo en la devoción a la Santa, fueron deplorables.

Era, pues, preciso, reaccionar enérgicamente, y a toda costa, contra aquella tendencia enfermiza, impregnada de débil naturalismo, gusano de veneno letal, que en todas las épocas de la Iglesia ha pretendido roer las raíces mismas de la santidad. Lo decimos con la acertada y valiente expresión del P. Ignacio Casanovas, S. I., en su incomparable libro "El Alma de Santa Teresa del Niño Jesús", pág. 327.

Y la reacción fue realizada dichosamente, por obra de inteligentes investigadores y de artistas de conciencia, que penetrando en el verdadero espíritu de la Santa, nos dieron su "Diario" sin mutilaciones; nos ofrecieron su genuino retrato con sus vigorosos rasgos, dentro de su agraciada belleza femenina; y nos hicieron ver que la característica de su vida fue ciertamente la de un amor encendido a Dios y a sus hermanos los hombres; pero un amor fuerte; fue la Santa de la fortaleza del amor de caridad.

A la excelsa cumbre de esta reacción, que fue juntamente una definitiva vindicación de lo que en verdad había sido la vida y el espíritu de la Santa, nos llevó el gran Papa Pío XI, con sus clarísimas y admirables enseñanzas en su memorable Homilía y en la Bula de canonización; y también en el magnífico Oficio litúrgico y Misa de Santa Teresa del Niño Jesús.

A la luz de estos preciosos documentos Pontificios, es fácil mostrar, como en un haz de profundos y hermosos pensamientos, y en un ramillete de elo-

cuentes datos, la grandeza del carácter y de la santidad de aquella alma privilegiada, como riquísimos frutos de su alma fuerte.

GRANDEZA DE CARACTER

Es persona de carácter, aun en la vida natural-humana, y mucho más en la vida sobrenatural-cristiana, la persona que tiene elevación y fortaleza de ánimo; firmeza y energía de voluntad. Es la persona que teniendo convicciones sólidas, pensamientos altos, afectos grandes y sentimientos nobles, se guía y se mueve por ellos. En fin, es persona de carácter la de voluntad firme y constante; que siempre hace lo que quiere, pero siempre quiere lo que debe; es señora de sí, porque es esclava del Señor, como María, la augusta Madre de Dios.

Así fue la Santa de Lisieux; más aún, todas estas cualidades que definen a una persona de carácter, las tuvo en grado eminente; tuvo grandeza de carácter. Pero, entendámoslo bien; no llegó a esta cumbre sin esfuerzo; su carácter fue fruto y resultado de su vigoroso vencimiento propio; con el cual, ejercitado firme y constantemente, llegó al perfecto dominio de sí misma; y con él, a la verdadera libertad de los hijos de Dios, a la paz y serenidad completa de su ánimo; pues fijando siempre la mirada pura de su incontaminado espíritu en la suprema norma de toda rectitud moral, que es la voluntad divina, no tuvo otra intención que la de hacer siempre lo que Dios quería de ella, y querer siempre lo que Dios hacía en ella y de ella; y a este fin, sometía con mano firme todas sus potencias y fuerzas inferiores a su voluntad, para someter fiel y generosamente su voluntad a la de Dios. Tal es el verdadera retrato del carácter humano y cristiano de Teresa del Niño Jesús: su invicta fortaleza.

En ella se cumplió, a la letra, la definición que de la virtud de la fortaleza de San Agustín: "Un afecto del alma, por el cual el hombre virtuoso menosprecia los males e incomodidades de esta vida, por graves que sean; y no teme las adversidades, ni

aun la misma muerte, permaneciendo siempre adherido al bien, y a la Fuente de todo bien, que es Dios, con firme constancia" (De lib. arb., l. c. 13).

Y los efectos que la fortaleza de Teresa produjo en toda su vida, fueron los que hermosamente describe San Ambrosio: "Aquella es verdadera fortaleza, por la cual el hombre se vence a sí mismo; no se deja doblegar por las lisonjas; no se turba en medio de las adversidades y contrariedades; no se muda con el vaivén de los acontecimientos; no se cansa ni retrocede en el bien obrar, antes en él permanece firme y estable. Porque la fortaleza en abrazar y sufrir contradicciones y trabajos por amor de la virtud; es constante en los peligros; es vigorosa en abstenerse de los vedados deleites de los sentidos; no se deja vencer por los halagos y las comodidades de la vida. En esto consiste la fortaleza; estos son sus efectos: reprimir los temores y dar firmeza y estabilidad a la virtud, con inalterable constancia. Ni pone la mira en los intereses temporales, o en otros fines vanos y caducos, como lo suelen hacer los poderosos y fuertes del mundo; sino que se dirige siempre a un fin honesto, elevado y virtuoso; es decir, a la gloria de Dios y al bien de la propia alma y de las almas de los prójimos" (De Offic., l. 1, cc. 36 y 38).

Todos los que hayan leído la "Historia de un alma", de la que se complacía en llamarse "la pequeña Teresa", habrán visto en sus bellísimas páginas la más espléndida realización de cuanto acabamos de oír labios del inmortal Obispo de Milán. Como también habrán visto cuás exactamente se verifica en ella, a cada paso, lo que dice el Doctor Angélico: "Quien puede mantenerse firme en las cosas difícilísimas de soportar, consiguientemente estará dispuesto para resistir otras menos difíciles, las de la vida cotidiana" (S. Th., 2.^a 2ae., q. 123, a. 2, ad 2)

GRANDEZA DE SANTIDAD

En la Homilía que pronunció el Papa Pío XI durante la Misa de la Canonización de Santa Teresa del Niño Jesús, definió así el peculiar aspecto de su santa vida: "Se hizo infante en el espíritu; más con aquella infancia que no puede separarse de la autén-

tica magnanimidad del ánimo" (A.A.S., 1925, página 211).

Y en la misma Homilía, después de recordarnos aquel egregio Sumo Pontífice la clarísima y terminante aseveración de Cristo en su Evangelio: "En

verdad os digo: si no os volviereis e hicieréis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos; y el que se hiciere pequeño como un niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos" (Mt., 18, 3-4); nos describe de mano maestra las propiedades de esta infancia espiritual del Evangelio; nos advierte también que a ella no se puede llegar sino por el ejercicio esforzado de la virtud; y nos añade que Teresa "consciente de su propia debilidad, se dio y entregó, toda ella, confiadamente a la Divina Providencia, para que apoyada tan sólo en su ayuda y en su gracia, consiguiese aquella perfecta santidad de la vida cristiana, a la que por asperísimas sendas se determinó esforzarse por subir, mediante la plena y gozosa abdicación y renuncia de su propia voluntad" (ib., página 212).

Y más adelante, para expresar Pío XI la grandeza de santidad de aquella alma esforzada, y precisamente por aquel su espíritu robusto y magnánimo, añade: "Llena de una participación singularmente copiosa de la divina luz y de la divina gracia, se inflamó Teresa con tan gran incendio de caridad, que como abstraída constantemente del cuerpo, llegó a consumirla; y de tal modo, que pudo cándidamente confesar, poco antes de salir de la presente vida, que ella no había dado a Dios otra cosa sino amor. Y nos consta, asimismo, que de esta fuerza de su ardiente caridad procedía, en la joven de Lissieux, aquel su propósito y constante esfuerzo de trabajar por el amor de Jesús, únicamente para agradarle a Él, para consolar a su Sacratísimo Corazón; y para promover la salvación eterna de las almas, de muchas almas, que amasen perpetuamente a Cristo" (Ib., pág. 213).

En las mismas ideas de la preciosa Homilía abunda la magnífica Bula de canonización, del 17 de mayo de 1925; pues en ella se ve claramente el decidido empeño de Pío XI por darnos la verdadera efigie, el genuino espíritu de santidad de Teresa del Niño Jesús, para presentarla a nuestra veneración e imitación, tal como fue en realidad: soberanamente grande y aun gigante en santidad, por la fortaleza de su alma magnánima.

Nos hace ver el insigne Papa la maravillosa historia de aquella alma, que desde sus primeros años, prevenida por el Divino Espíritu, quiso abrazar la vida religiosa; mas no para evadirse de las dificultades de la vida humana en el hogar y en medio del mundo; sino para ofrecerse al Señor en las más fuertes y aun heroicas renunciaciones de sí misma y de todas las cosas.

Ya entonces prometió, en un acto de vigorosa fortaleza cristiana, que no negaría nunca a Dios nada

de lo que Él le pidiese, por arduo y costoso que fuera; y esta promesa se esforzó por cumplirla hasta su muerte.

Siendo alumna del Colegio de Benedictinas de Lisieux, leyó y se aprendió de memoria el áureo libro "De la imitación de Cristo", que es el libro de las almas grandes, valerosas y magnánimas, porque es el libro del verdadero amor a Cristo, por la participación esforzada y constante de su Santa Cruz.

A los diez años de edad, le atormentó una misteriosa y grave enfermedad, que sufrió con firmísima paciencia; y de la cual, como ella misma refiere, fue



curada por la ayuda prodigiosa de la Santísima Virgen María. Y entonces, ya sana, repleta de angélico fervor, procuró prepararse diligentísimamente para el Sagrado Convite en el que Cristo es nuestra comida.

Después de su primera Comunión, tuvo siempre un hambre insaciable del Pan Eucarístico, con el cual fortalecida, y divinamente inspirada, rogaba a Jesús que todas las mundanas consolaciones y gustos se las convirtiese a ella en amarguras, para imitar mejor al Divino Modelo. Y así fue, que ardiendo en un activo, operante y esforzado amor a Cristo

Nuestro Señor y a la Iglesia Católica, no tuvo otro afán sino entrar en la Sagrada Orden de Carmelitas Descalzas, para que con su propia abnegación y sus continuos sacrificios, pudiese ayudar a los Sacerdotes Misioneros y a toda la Iglesia; y lograrse ganar para Jesucristo innumerables almas.

Quiso seguir animosamente su santa vocación, cuando apenas tenía quince años; pero tuvo para ello grandes dificultades, las cuales superó con invencible fortaleza de alma; y en una memorable audiencia de León XIII, sobreponiéndose a su natural timidez de niña, le expresó su ardiente deseo; pero el prudente Papa le remitió a lo que decidiesen los Superiores.

Sobrellevó Teresa con inalterable paciencia el profundo dolor que le causó la frustración de su esperanza; y se resignó totalmente en la divina voluntad.

No tardó el Señor en premiar la firme constancia de Teresa; y tras esta durísima prueba de su paciencia y de su vocación le otorgó la gracia de que inesperadamente le diese su Obispo el ansiado permiso; y a los 15 años ingresó exultante de gozo en el Carmelo de Lisieux.

Así hace destacar Pío XI el espíritu de firmísima fortaleza de Teresa para darnos a entender el distintivo rasgo de su santidad; y prosigue, en el mismo plan, el brillante relato de su vida heroica, en estos términos:

"Para agradar más y más a Jesucristo, habiendo leído y meditado en las Sagradas Escrituras aquella invitación: si alguno es pequeño, venga a Mí; quiso ser párvula en el espíritu; de donde procedió que con filial y plena confianza se entregó toda ella a Dios, como a Padre amantísimo.

"Esta senda de la infancia espiritual, según la doctrina del Evangelio, la enseñó a otras personas, especialmente a las novicias, que por obediencia recibió para formarlas en el deseo y la práctica de las virtudes religiosas; y así, repleta de santo y apostólico celo, hizo patente con animosa alegría el camino de la evangélica sencillez a un mundo hinchado por la soberbia, que ama las vanidades y busca la mentira. Y con esto, el Divino Esposo Jesús la inflamó con un gran deseo de padecer, tanto en el alma como en el cuerpo.

"Y ella, advirtiendo con sumo dolor de su alma que la caridad de Dios era despreciada por doquier, y echada en olvido, dos años antes de su preciosa muerte, se ofreció gustosísimamente como víctima al Amor Misericordioso de Dios. Entonces, como es sabido, fue herida con la llama del fuego celestial; por lo que consumida de caridad, arrebatada en éxta-

sis, y repitiendo fervientemente: Dios mío, te amo; a los 24 años de su edad, el día 30 de septiembre del año del Señor 1879, voló felizmente al Esposo; y de esta manera, según el conocido elogio del Libro de la Sabiduría, «llegada en breve a cumplida madurez, llenó el espacio de largos años.» (Sap., 4, 13) (A.A.S., 1925, pág. 339).

Así termina el gran Papa Pío XI, en la Bula de canonización, su relato de lo que fue en verdad la auténtica vida de Santa Teresa del Niño Jesús, desahaciendo para siempre toda interpretación desviada, y poniendo ante los ojos de todos los hijos de la Iglesia el genuino espíritu de la joven Carmelita: grandeza de carácter y de santidad en su alma, modelo de fortaleza.

Queda, pues, clarísima la lección, e inconfundible el ejemplo.

Es que la santidad cristiana consiste en el amor de caridad; y la perfección de la santidad cristiana consiste en la perfecta caridad. Ahora bien; el amor de caridad es perfecto cuando además de ser verdadero; o sea, amor de obras y de comunicación de bienes, con sincera entrega al servicio de Dios y bien de los prójimos; es también amor fuerte y robusto, esforzado y varonil; que pueda llevar cualquier peso y vencer cualesquiera dificultades y despreciar todo interés, antes que apartarse del amor, ni quebrantar sus leyes, ni ofender aunque sea con ligero desagrado al Amado, que es el amantísimo Señor y Dios nuestro.

El amor perfecto es fuerte como la muerte, que ni a la misma muerte le huya el rostro, ni le vuelva las espaldas; pues entonces la vencerá si por el amor la sufiere. El amor perfecto es un amor de llamas tan encendidas que si cayeren sobre ellas, como un torrente, muchas aguas y caudalosos ríos de tribulaciones, no sea más que como el rocío que cae en el fuego de la fragua, que se lo sorbe la llama, y lo consume, y aun se aviva, más con él; un amor que esté tan sobre sí y sobre todas las cosas, que si le ofreciere el mundo todos sus haberes para despojarle del amor, lo ponga todo debajo de los pies, y lo desprecie como si no fuera nada.

A esta caridad perfecta pertenece acomodarse con la pobreza, y sufrir sin enojo el hambre y la sed, el frío y el calor, que son los compañeros que andan con ella; y también sufrir con mansedumbre las injurias, y llevar con paciencia las enfermedades; no desmayar en las persecuciones e incomprendiones; tener longanimidad en las pruebas; llevar las cargas de los prójimos, y no cansarse de sus molestos modos de ser, ni dejarse vencer de sus desagradecimien-

tos; en las sequedades espirituales no dejar los ejercicios acostumbrados; y en las consolaciones y gustos divinos, no por eso dejar de acudir a sus obligaciones. Y finalmente, el amor perfecto es un amor que pueda decir con San Pablo: "¿Quién será poderoso para apartarnos de la caridad de Cristo" (Rom., 8, 33) (Cfr. La Palma, BAC, vol. 261, pág. 911).

Así fue exactamente el amor de caridad de Santa Teresa del Niño Jesús. Fue la Santa del amor divino; pero, entendámoslo bien: amor divino crucificado; porque amó a Cristo como Cristo nos amó.

Conclusión. — No puede ser otra sino la del Papa Pío XI en la Bula de canonización. Hela aquí:

"Fieles cristianos: la Iglesia os presenta hoy un nuevo y admirable modelo de virtudes, para que sea objeto constante de vuestras miradas. La nota esencial y característica de la santidad a la que el Señor llamó a Teresa del Niño Jesús, consiste principalmente en que habiendo oído la voz de Dios que la llamaba, obedeció con la mayor prontitud y con la fi-

delidad más absoluta. Por eso, sin salirse en lo más mínimo de la vida ordinaria, siguió su vocación y la realizó con tal fervor, fidelidad y constancia, que llegó al heroísmo de las virtudes.

"Precisamente en estos nuestros tiempos, en que los hombres buscan con tanto frenesí los bienes de la tierra, ha vivido esta joven virgen; la cual, serena y esforzada con la práctica de las virtudes, buscó siempre la vida eterna y la gloria de Dios. Que su ejemplo afiance en el ejercicio de las virtudes, no sólo a los que viven dedicados al Señor en la vida religiosa, sino también a los que viven en medio del mundo, a fin de llevarlos a todos a una vida más perfecta.

"Invoquemos todos, en nuestras actuales necesidades, la protección de Santa Teresa del Niño Jesús, para que, por intercesión suya, descienda también sobre nosotros una lluvia de rosas; o sea de las gracias divinas que más necesitamos" (A.A.S., 1925, página 346).

El 11 de julio, Santa Teresa daba instrucciones a la Rvda. Madre Inés de Jesús para completar su manuscrito, que quedaba sin terminar:

"Decid, Madre mía, que aunque yo hubiese cometido todos los crímenes posibles, tendría siempre la misma confianza; estaría segura de que toda esa muchedumbre de pecados sería como una gota de agua arrojada a un brasero encendido. Contad luego la historia de la pecadora convertida, que murió de amor..." (Novissima Verba. Office Central. Lisieux, 1926, pp. 60-61).

Dos meses y medio más tarde, el 30 de septiembre de 1897, a las siete y media de la tarde, Santa Teresa del Niño Jesús murió, con la misma muerte que ella había deseado: la de Jesús en la Cruz.

Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

E N E R O

- GENERAL:** Que guiados por el Espíritu Santo, busquemos y realicemos los designios de Dios sobre la unidad.
- MISIONAL:** Por el aumento de vocaciones misioneras entre los cristianos del mundo Occidental.

F E B R E R O

- GENERAL:** Que mediante una formación catequética acomodada crezca la fe en el pueblo cristiano.
- MISIONAL:** Que los pueblos del «Tercer Mundo» busquen en Cristo la inspiración fundamental para su propio progreso integral y para su colaboración internacional.



EL AMOR A DIOS Y AMOR AL PROJIMO

(Santo Tomás: Suma Teológica)

Comparando el amor a Dios con el amor al prójimo, no hay duda que es más meritorio el amor a Dios, pues por sí mismo merece premio; ... "si alguno me ama, será amado de mi Padre".

Si comparamos el amor a Dios en cuanto por Él se ama a Dios sólo, y el amor al prójimo *en cuanto que éste es amado por amor de Dios*, en este sentido el amor al prójimo incluye y supone el amor a Dios, y no al revés.

Por lo que, en este caso, comparamos *el amor perfecto a Dios*, que es *el que se extiende también a amar al prójimo*, con el amor a Dios *insuficiente e imperfecto*, ya que "tenemos mandado por Dios que el que le ama a Él ame también a su hermano".

En este sentido es preeminente el amor al prójimo.

(S. Th., II-II qu. 27, art. 8.^a)

HEMOS CREIDO EN EL AMOR QUE DIOS NOS TIENE

(San Juan Epist. I)

Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios.

Y nosotros hemos creído en el amor que Dios tiene con nosotros.

Amémonos nosotros, porque Él primero nos amó.

Si alguno dice: "Amo a Dios" y aborrece a su hermano, es mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, a Dios, a quien no ve, no le puede amar.

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amáremos a Dios y pusiéremos por obra sus mandamientos.

(I Ioann. IV, 16, 20 - V, 2)

LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO POR LA FE

(San Juan, Epíst. I)

¿Quién es el que vence al mundo sino quien cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Quien cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí.

Y éste es el testimonio: Que Dios nos dio vida eterna, y esta vida está en su Hijo.

Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene el Hijo de Dios, no tiene la vida.

I Ioann., V, 5; X, 12)
